

PEDAGOGIA DEL MISTICISMO LULIANO

EL MISTICISMO LULIANO: SUS NOTAS

No es exagerado decir que el misticismo luliano invade y colorea de pasión hasta aquellas obras que, aparentemente, parece han de ser las menos místicas; tal sucede con el *Arte* en los distintos grados de su evolución; una profunda fuerza mística, que lleva al Beato a entregarse todo entero a Dios y al prójimo, es la causante de que, aun un instrumento lógicomatemático como es el *Arte*, tenga desde el principio hasta el fin una tendencia que no es sino la manifestación exterior del misticismo del insigne Beato.

En una obra está compendiada casi toda la exposición doctrinal del misticismo luliano, en *Libre de contemplació en Deu*, inmensa obra, aún no bien estudiada, de la Teología mística, de la cual, dice Longpré (*Dictionnaire de théologie catholique*) se puede obtener tanto provecho como de San Buenaventura, el príncipe de la teología contemplativa. Consta esta obra de cinco libros: el primero, que desarrolla los conceptos relativos a la alegría del hombre por la existencia de Dios, así como las propiedades del Ser divino; en el segundo se estudian las propiedades del ser divino en orden a la creación de los seres; el tercer libro, en el que se estudia la psicología humana; el cuarto, donde se estudian las relaciones de la fe y la razón, y el quinto libro, en el que se considera detenidamente el problema de la predestinación. «El interés del libro se mantiene vivo y palpitante, porque el autor ni un solo momento deja de hacernos la historia de sus estados interiores. El lector asiste al espectáculo de un libro que se está elabo-

rando en su presencia y va creciendo y tomando proporciones insospechadas para el mismo autor, que, en perpetuo aprendizaje, pero asistido por la gracia divina, es el primero en mostrarse sorprendido» (1). Los temas de la propia conversión, el intenso deseo de la vida contemplativa, el ansia de soledad y de alejamiento del mundo, la conversión de infieles y el tema del propio martirio, invaden y colorean de sentimiento esta magna obra.

Claramente se señalan y dibujan en el *Libre de contemplació en Deu* los estados esenciales de la experiencia mística. Tras el período de inquietud y de vacilación, Lulio comprende la beatitud divina, la visión feliz de la plena realidad :«Si el hombre que encuentra una piedra preciosa se alegra mucho por este hallazgo, porque la ve bella y sabe que es muy buena, con razón nosotros, que sabemos que vos existís, hemos de alegrarnos en vuestro ser, por lo mismo que está en el ser y no está en privación. Porque quien se alegra del hallazgo de las cosas finitas, gran maravilla sería si no se alegrase del hallazgo de la cosa infinita» (2). En el período de expansión, el Beato mallorquín, no sólo sistematiza sus experiencias místicas, sino que, iluminado por ellas y con una visión coherente y amplia del mundo, trata de explicarlo todo él, constituyendo una verdadera enciclopedia del saber humano, que está iluminada por ese saber intuitivo distintivo de la mística. El mundo es reconstituido siguiendo un camino endosmótico, de dentro hacia afuera. Lulio se siente inspirado por la divinidad, y con ayuda de esa inspiración se siente con fuerzas para hacer desfilas ante nuestros ojos toda una reconstitución lógica del Universo. «El alma humana es un espejo en el cual son revelados los secretos de Dios cuando ella, desembargada de las cosas sensuales, se eleva intelectualmente a la contem-

(1) Doctores CARRERAS y ARTAU: *Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV*, pág. 554.

(2) *Libre de contemplació en Deu*, cap. I, párr. 1.º

relación de las virtudes divinas» (3). El alma humana tiene suficiente capacidad para, mediante un método apropiado, llegar hasta el elevado sitio de Dios. Del método (las escalas místicas) luego hablaremos; señalemos ahora brevemente cómo señala a las tres facultades del alma como medios con que elevar a la mayor eficacia la voluntad, mediante una acción conjugada de las mismas. Las tres virtudes del alma (memoria, entendimiento y voluntad) son iguales en naturaleza, ninguna es antes que la otra; pero aunque las tres virtudes del alma son iguales en naturaleza, es mayor la actualidad de la voluntad, en cuanto al ejercicio.

La deficiencia de los sentidos corporales viene paliada por los cinco sentidos espirituales, que son: *cogitatio*, *apercibimiento*, *conciencia*, *sutileza y coraje*; el primero es sinónimo de pensamiento, reflexión, meditación, ayuda a desasirse de las cosas sensuales para elevarse a las espirituales; el segundo es equivalente a función intelectual; la conciencia tiene por objeto la dirección de la conducta práctica; el ingenio es sinónimo de habilidad o agudeza; el coraje, del cual hablaremos más extensamente en adelante, es la voluntad prepotente, la voluntad que se sale de madre y todo lo invade.

Señalados los instrumentos de que el hombre se ha de valer para llegar a conocer a Dios, indica los métodos que se han de seguir para amar a Dios. Este arte del amor se funda, primeramente, en la gracia divina, en el ascetismo y en toda una serie de normas de conducta que constituyen un fino análisis psicológico de gran trascendencia para la Pedagogía, de lo cual hablaremos más extensamente en otro lugar; ahora nos limitamos a enunciarlas sin más comentario; continencia en el beber y en el comer, subordinación de lo sensual a lo intelectual, vivir en el mundo pero no vivir para el mundo, elevación y sublimación de los ideales a alcanzar, amar a Dios por

(3) *Libre de contemplació en Deu*, cap. 174.

la primera intención y no por la segunda, que la inteligencia aprecie la diferencia entre lo bueno y lo malo, lo noble y lo virtuoso, para que la voluntad se decida a amar lo bueno, y, finalmente, soledad y contemplación.

«A este *Arte de enamorarse de Dios* sucede el *Arte de orar y contemplar*, más reglado y mucho más ceñido e intencionado, porque persigue la unión del alma con Dios y la fruición mística.

El camino para llegar a la unión mística es denominado por el Beato mallorquín *carreras* o *escalas*, que son como escalones sensuales representativos de los intelectuales por medio de los cuales el alma puede contemplar y admirar las virtudes divinas, los sentidos hacen contrastar a la imaginación la diferencia abismática que existe entre los placeres terrenos y la gloria infinita, la imaginación es impotente para comprender esos placeres, que son mayores de lo que pueda suponerse o imaginarse, y entonces el querer interviene para amar la gloria divina.

Además del *Libre de contemplació en Deu*, se ha de citar como cantera estimabilísima de materiales para el estudio del misticismo en Lulio el *Libro del amigo y el amado* y el *Art de contemplació*, entre otras; estas dos están incluidas en el *Blanquerna*, en la edición castellana de 1881, que es en donde nosotros las hemos leído.

Resumiendo: las características del misticismo luliano son las siguientes:

a) Es integradora de todas las fuerzas de la vida espiritual. No aspira a un saber sin conceptos; el amor no eclipsa al entendimiento ni por un momento.

b) Es activa; las virtudes del alma no pueden estar ociosas.

c) Es humana. A imagen del Dios-Hombre, en el cual la naturaleza divina no tuvo inconveniente en encarnarse y vivir en la naturaleza humana, en la mística luliana, una vez subordinados los cinco sentidos corporales a los sentidos espirituales, se busca expresamente el concurso

de todas las potencias del hombre, así espirituales como corporales (4).

d) Es eminentemente social.

e) Es práctica. No se refugia en sí misma. Iluminada por el saber e impulsada por el fuego del amor divino, tiende irresistiblemente a traducirse en hechos inmediatos.

LA FILOSOFÍA PEDAGÓGICA EN LA MÍSTICA LULIANA

Lulio fué un excelente filósofo, un gran místico; por eso su pedagogía tiene esa dimensión profunda que no hallamos en los tratados pedagógicos sistemáticos, fríos e impersonales. No ahondar, pues, en este semihemisferio de la pedagogía luliana nos llevaría a considerar muy superficialmente su obra didáctica, privándola del lado más bello, brillante y propio del autor mallorquín.

Siguiendo, siquiera sea parcialmente, la estructura de la obra de García Hoz sobre la *Pedagogía de la lucha ascética*, hemos procurado informar los siguientes capítulos: el primero de los cuales tratará sobre la fundamentación de la Pedagogía en la mística luliana (su posibilidad); el segundo, sobre diversos aspectos pedagógicos de la mística del Beato mallorquín, y el tercero, sobre la formación de la juventud en la misma.

Mística y Pedagogía.—Aunque la mística luliana desborda la Pedagogía, existe entre ambas una zona de interferencia; esta zona está dibujada en los siguientes puntos:

a) La mística, al enseñar la comunicación inmediata y directa del hombre con Dios, procede escalonadamente en un lento descender de velos, lentitud que nos es impuesta por nuestra natural imperfección, hasta llegar al descubrimiento de la verdad suprema; del mismo modo procede la buena didáctica pedagógica.

b) Al pretender el místico alcanzar tan elevada cima

(4) Doctores CARRERAS y ARTAU: *Historia de la Filosofía cristiana*, pág. 608.

de saber, expone un tratado completísimo de Psicología, pero no menor de Pedagogía; algunos han reducido el valor de las *etapas místicas* a Psicología, pero hemos de reconocer que el valor de éstas trasciende de esta disciplina para adentrarse en el campo de la ciencia de la educación; en efecto: la Psicología es una ciencia pura, la Pedagogía es aplicada o práctica; aquélla pretende conocer el alma y sus manifestaciones; ésta, la Pedagogía, aplica los principios dimanantes de la primera *para* educar al hombre. Ahora bien: cuando el místico hace Psicología de tan elevado valor, no lo hace por el afán de saber, sino como aplicación a la propia salvación. No es el saber místico un saber desinteresado; es un saber de salvación; su verdad no es fría y desinteresada; es *veritas salutifera*. Lo cual también es el objetivo de la Pedagogía del sobrenaturalismo.

La mística, como filosofía de la educación.—Puesto que «el meollo de toda la filosofía pedagógica (es) la noción de perfección aplicada al ser del hombre» (5), la ascética, que es la sublimación moral, y la mística, que es la sublimación integral, realizan, en lo que tienen de ciencia, la finalidad de filosofía pedagógica de primer orden.

La lectura de las principales obras místicas lulianas —y aun de las que no lo son—, nos muestra que todas ellas se hallan trabadas en una filosofía de conversión a Dios y en una pedagogía de formación en Dios y según Dios. Todo el inmenso «corpus» de su *Arte*, todas sus sistematizaciones en todas las disciplinas del saber humano, sólo tienen un valor para el Iluminado Doctor. Formar a los hombres según Dios. «La ciencia y la Pedagogía, siervas del fin de su apostolado, se compenetrán en todos sus escritos» (6). El *Arte*, la metafísica ejemplarista y el misticismo son los tres aspectos fundamentales de la filosofía luliana. Estudiar la mística equivale a subir hasta la cum-

(5) GARCÍA HOZ: *Pedagogía de la lucha ascética*, pág. 329.

(6) SUREDA BLANES: *Ideas filosófico-pedagógicas lulianas*, pág. 9.

bre del pensamiento de Lulio, desde la cual se contempla como lo que parece vario y a veces hasta divergente en su filosofía de la educación, no es sino convergencia y unidad: la perfección integral del individuo. Por ello, decir que toda la obra luliana está al servicio de la salvación del hombre, es equivalente a reconocer que la mística, que es lo que informa a toda ella, constituye el cimiento más profundo de toda la pedagogía luliana. Ya hemos dicho, por otra parte, que la Pedagogía para el mallorquín es una verdadera «theosobeia» o religiosidad en orden a destinos eternos.

Aspectos pedagógicos del concepto místico de la vida en Raimundo Lulio.—Como lo cristiano supera lo puramente humano para internarlo en el concepto de cristiandad, como alma y cuerpo del individuo son función de los intereses espirituales, como la vida del hombre resulta por ello elevada al plano sobrenatural y, finalmente, como el hombre ha de ser quien, con ayuda de la gracia divina, merced a su propio esfuerzo, recoja el premio de sus esfuerzos, venciendo a las fuerzas interiores y exteriores que le son adversas, «siguese de aquí que la educación tiene como fin inmediato la preparación del hombre para esta lucha» (7).

Este es el sentido que irradia de libros como el *Blanquerna*, el *Félix*; los protagonistas de estas obras son hechos pasar, por la pluma del Beato, por las más variadas circunstancias y las más diversas pruebas, hasta que, al fin, alcanzan una verdadera purificación interior que les hace aptos para enfrentarse con los propios enemigos interiores—las pasiones—y les dota de una experiencia, que su roce con el prójimo y la Naturaleza ha engendrado, que les capacita para enfrentarse con el mundo.

Esta formación comienza, según Lulio, con la caridad, virtud primera y fundamentalísima, y continúa a través de una serie de etapas purificativas, hasta llegar a la for-

(7) GARCÍA HOZ: Obra cit., pág. 333.

mación del hombre integro. «Preguntaron al Amigo en dónde tuvieron el primer principio sus amores. Y respondió que en la nobleza de su Amado, y desde aquel principio se inclinó a amar a su Amado, a sí mismo, y al prójimo, y a desamar al engaño y a la falsedad» (8).

El esfuerzo propio es indispensable, pero de la gracia divina depende, en última instancia, la propia salvación: «Si no fuera, Señor Dios, por vuestra gran misericordia, el hombre no haría sino el mal, porque es el hombre tan débil que no haría otra cosa sino errar y faltar; pero vuestra gran misericordia, Señor, socorre y ayuda nuestra miseria, y nos da propiedad y naturaleza por la gracia para que hagamos buenas obras» (9).

El concepto místico del Universo en orden a la educación.—Con el positivismo dió comienzo en la historia del pensamiento humano un movimiento, que, preparado por diversas corrientes filosóficas, propende a sobreestimar los valores meramente utilitarios en perjuicio de los morales. Esta corriente ideológica había de influir no poco en el pensamiento pedagógico, originando se postulara en círculos educacionales bastante amplios una educación rigurosamente científica, ¡como si la ciencia pudiese demostrarnos los objetivos verdaderamente esenciales de la vida! «La razón del entendimiento no es, en verdad, la única, y, por ende, la suprema fuerza estimativa del hombre, que es la *decisiva*. La razón, al decir de Raimundo Lulio es *luz de la vida*, solamente *luz*. De esta suerte, ni la ciencia y las categorías científicas del «corpus» luliano pedagógico ni los mismos procedimientos fueron un fin para Raimundo Lulio, sino medios discretos y aprovechables condicionalmente a las circunstancias, en la profesión educadora» (10).

Recordemos que en el *Libre de contemplació en Deu*,

(8) *Libro del Amigo y del Amado*, verso 61.

(9) RAIMUNDO LULIO: *Libre de contemplació en Deu*, tomo II, página 193.

(10) SUREDA BLANES: *Ideas filosófico-pedagógicas lulianas*, pág. 32.

al final, viene ya un embrión del *Arte*, en el cual la solución de los problemas que se plantea es extrínseca; quien busca por medio de sus artificios la solución de las cuestiones que se le planteen, se ha de encontrar limpio de corazón y libre de pecado; la solución, pues, implica, no ya inteligencia cultivada e ingenio despierto, sino un alma presta a buscar su salvación. La ciencia deja paso a la mística. Y aun cuando parece que el *Arte*, en fases más evolucionadas, prescinde del saber de salvación, no hace, en realidad, sino servirle; tras el creador de las «figuras» complejas, de las «definiciones» originales y de las «tablas» matemáticas, alienta el místico en perjuicio del filósofo. Es el hombre que ansía la salvación de sus semejantes. Toda una vida dedicada al estudio, no por propia vanagloria, sino por la salvación de los demás, dice mejor qué maestro ha sido el Beato, que todos los argumentos que aportásemos en su apología.

El misticismo y la cultura.—En cuanto trabajo esencialmente religioso, no es el misticismo una labor cultural en el sentido restringido que se da a la palabra, acentuando su carácter intelectual; ahora bien: como el misticismo se perfecciona con la cultura y precisa, para hacerse eficaz, un conocimiento previo del mundo, la cultura es ingrediente perfectivo del misticismo.

Claramente se comprueba en un místico de la talla de nuestro autor hasta qué punto es justo lo anterior. De ahí el ideal enciclopédico del Beato, que le llevó a uno de los intentos pansóficos mayores que registra la historia de la cultura. *El árbol de la ciencia*, el *Félix de las maravillas*, el *Libro de contemplación* son otros tantos magníficos monumentos de ese afán suyo. Estas inmensas creaciones de la razón no hacen de Lulio un racionalista; su finalidad es servir a la Teología, pretendiendo establecer una ecuación perfecta entre los términos *fe* y *razón*. Pero, insistimos, la tendencia racionalista es superada por el misticismo, que constituye el fundamento natural

de la pedagogía luliana, pues la filosofía luliana, y, consecuentemente, su pedagogía, es una filosofía de conversión; es la filosofía del converso que quiere convertir. «Esta filosofía de combate (de catequesis) postula dos actitudes con las cuales se completa y satisface: el intelectualismo—la ciencia—de los dominicos y la espiritualidad afectiva—la sapiencia—de los franciscanos. Con la síntesis de estas dos actitudes se forjan las armas espirituales» (11). Esta filosofía «lleva impreso en sus entrañas el signo franciscano aprendido de San Buenaventura, a saber: la reducción de todas las artes y la consiguiente subordinación de la Filosofía a la Teología; esto es, la convicción profunda de que, por encima de la *ciencia* adquirida trabajosamente, hay la *sabiduría*, nutrida con la luz perenne de la ciencia infusa. La carrera filosófica termina en el misticismo» (12).

Hay una obra en el «opus» luliano que describe, no cómo fue la educación que recibió el Beato, sino cómo hubiera querido éste que fuese; en ella se narra cómo el hombre, tras recorrer tierras, adquirir experiencias y conocimientos de la más variada índole y llegar a la cumbre de las dignidades humanas—el Papado—, lo abandona todo para entregarse a la vida contemplativa, a la vida de soledad, al eremitismo. En esta utopía, el Iluminado Doctor, nos muestra la necesidad de una cultura para, apoyándose en ella, llegar a la cumbre del saber, la contemplación y el gozo en Dios.

Los objetivos del misticismo de Raimundo Lulio en educación.—Como el ideal que la mística presenta a la educación es de tal naturaleza que no puede alcanzarse totalmente en la vida humana, resulta que la tarea de la propia educación sólo tiene por límites la muerte. «Puede el hombre estar constantemente realizando su ideal educativo y viendo nuevas posibilidades para su educación..., de donde todo método de educación, fundado en

(11) Doctores CARRERAS y ARTAU: Obra cit., pág. 67.

(12) Doctores CARRERAS y ARTAU: Obra cit., pág. 67.

la lucha ascética (y, subsiguientemente, en la mística) y sus objetivos, es eficaz» (13). Lo mismo en el *Libro de contemplació* que en el *Blanquerna*, hay un incesante deseo de mejora, y no hablemos del *Arte*, en su evolución, que es una constante busca de *lo mejor*; ninguno de los objetivos alcanzados es suficiente; jamás se llega a lo perfecto; la perfección se escapa de las manos. Decíamos antes, al hablar del misticismo en general, cómo en los místicos hay un ansia continua de superación, porque si los goces místicos satisfacen, las penas subsiguientes, dimanantes de nuestra pobre condición, indican que ha de seguirse esta eterna lucha para alcanzar la bienaventuranza eterna. «Dijo el Amigo a su Amado: en Ti está mi salud y mi dolencia; cuanto más perfectamente me sanas, crece más mi longor, y cuanto más me enfermas, más salud me das» (14).

Este objetivo, siempre perseguido y jamás alcanzado, ¿en dónde podemos encontrarlo más claramente que en la propia vida del bienaventurado? Nos referimos a aquel momento dramático, en el cual Lulio, que conceptúa su *Arte* de origen divino, no le encuentra, sin embargo, lectores: «¿Hay en este mundo mártir como yo?, dice. Si se pierde mi ARTE, qué te podré decir?, que me la has dado (al Arte) para divulgarla.» Pese a estas horas amargas, no se hunde en el pesimismo; antes bien, reacciona con fuerza y nuevos bríos para vencer las dificultades. Producto de esta reacción es el *Arbol de la ciencia*.

El concepto de educación y el del misticismo en Raimundo Lulio.—Puesto que la mística es una serie de actividades puestas al servicio de la vida espiritual del hombre, en la que cada etapa es fundamento de la siguiente, coincide con los ejercicios educacionales, en cuanto a su estructura, diferenciándose de ellos si éstos están encuadrados en una pedagogía naturalista, en que tienden a

(13) GARCÍA Hoz: Obra cit., págs. 336 y 337.

(14) R. L.: *Libro del Amigo y del Amado*, verso 50.

una preparación PARA la vida, mientras que para la mística esta preparación está subordinada a la consecución de un ideal más alto, cual es el goce en Dios y la gloria eterna. En la educación positivista, la preparación es *por* la vida y *para* la vida; en el misticismo es *para* la vida y *por* la gloria. Esta distinción la señala Lulio en su teoría de las *dos intenciones*, en la que el insigne mallorquín condensa el problema de la finalidad de todas las cosas: «Y así que use Dios de la misericordia o que use de la justicia, siempre se sigue el fin por que Dios ha creado al hombre, que es para que le conozca y ame en sí mismo y en sus obras» (15). «Y por eso tú puedes tener conocimiento de lo que es Dios, considerando que Dios es aquello de cuyo conocimiento el mundo nos aparte si amamos el mundo por el mismo mundo; y Dios es aquello de quien el mundo nos da conocimiento, y si amamos el mundo con el fin de que podamos conocer y amar a Dios» (16). «Que por apartar el hombre su voluntad de la final intención con que Dios ha creado todas las cosas, ama más lo que debía amar menos y menos lo que debía amar más» (17).

Al hombre le son posibles dos modos de obrar: *naturaliter*, como las criaturas que son inferiores, y *moraliter*; en este último caso puede hacer mal uso de su libertad, apartándose de la *primera intención*. «El hombre es bueno cuando usa y obra arreglado a las similitudes de Dios, que Dios ha puesto en él, y es malo cuando usa de ellas en contra del fin para que fueron creadas, como, verbigracia, cuando no quiere usar de su bondad, que es una de ellas, y usa de su malicia y de todas las demás cosas, que son disimilitudes de la bondad» (18). «Félix» se maravilló de lo que el ermitaño decía, y mucho más de que las plantas y las bestias sigan ordenadamente el curso de la Na-

(15) R. L.: *Félix*, tomo I, pág. 42.

(16) *Félix*, tomo I, pág. 13, párr. 5.º

(17) *Félix*, tomo I, pág. 176, párr. 13.

(18) *Félix*, tomo II, cap. XIX, párr. 2.º

turalidad, y que el hombre le deje de seguir, apartándose de la final intención por que fué creado» (19).

«En realidad, la teoría de las dos intenciones es un comentario de la libertad; en tanto el hombre es libre, puede ir en contra de los designios para que fué creado, servir y amar a Dios. La primera intención es el plan divino para la ordenación de las criaturas: Dios ha querido que la primera intención en el hombre sea para conocerle, amarle y servirle, y la segunda que tenga los bienes que derivan de los méritos de la primera intención. La teoría de los dos movimientos completa la de las dos intenciones. El hombre siente en sí mismo que tiene libre voluntad para hacer el bien o el mal, y esto sucede así por razón de los dos movimientos que se engendran en él. Por el primer movimiento, el hombre es libre para hacer el bien; por el segundo movimiento es libre para hacer el mal, y como quiera que el bien fué antes en el hombre que el mal, por eso el primer movimiento hacia el bien es accidente inseparable y el segundo es separable. La ética luliana es, pues, una ética de la primera intención y voluntarista» (20).

La perfección del individuo no consiste, pues, únicamente en la educación de aquellas facultades que le hacen apto para luchar *por* la vida, sino también de aquellas intuiciones y afanes que le capaciten para triunfar *sobre la vida*, asentando el imperio del espíritu sobre la materia, de la educación sobrenatural por encima de la natural, aunque no se menosprecie ésta, ya que es base conveniente sobre la que edificar la otra. Ya sabemos que el orden sobrenatural no se opone, sino que perfecciona el orden natural en la educación. Así, en la *Doctrina pueril* trata primeramente de la formación religiosa, y después de la moral y profana, pero con gran ecuanimidad, sin menospreciar la segunda, como factor importante de

(19) *Félix*, tomo II, pág. 192.

(20) Doctores CARRERAS y ARTAU: Obra cit., págs. 610-612.

la educación integral cristiana. En verdad que Lulio «engarza con hilo de oro el mundo de la materia y del espíritu, procediendo alternativamente por síntesis y análisis, tendiendo a reducir las discordancias y a resolver las antinomias, para que, reducida a unidad la muchedumbre de las diferencias, *venza, triunfe y ponga su silla*, no como unidad panteísta, sino como última razón de todo, aquella generación infinita, en quien la esencia y la existencia se compenetran, fuente de luz y foco de sabiduría y grandeza» (21).

No es tan fácil encontrar en la historia de la educación mundial quien haya tenido una visión tan completa de los problemas educativos. Lulio es un místico creador de una pedagogía integral. «La pedagogía luliana es una pedagogía de la primera intención, que comienza por las cosas generales para descender a las especiales y, auxiliada por el *Arte*, culmina en la imitación de las virtudes divinas» (22).

La pedagogía mística de Raimundo Lulio como pedagogía de la unidad y del carácter.—La primera parte del presente epígrafe ha sido contestada implícitamente en la cuestión anterior; en efecto, si la educación en Lulio es integral, siguese que no interesa, para el Beato, tanto el saber algo como el saber para qué se sabe y cuál es su relación con lo supremo y esencial.

En cuanto a la pedagogía del carácter, la mística luliana la satisface. Al tratar anteriormente de la psicología que sustenta el mallorquín, se dijo que sobre las potencias del alma se dan los cinco sentidos espirituales (conciencia, cogitación, aperebimiento, sutileza y coraje); de entre éstos, el «coraje», o «la voluntad que se sale de madre», es de gran importancia para la educación del carácter, de su eficiencia. Educar el carácter es proceso que consta

(21) MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de los heterodoxos*, páginas 518-519.

(22) DOCTORES CARRERAS y ARTAU: *Obra cit.*, pág. 614.

de varias fases: en una primera se le dan normas directivas, que se le razonarán e ilustrarán según la edad; después se le informará de la psicología del hábito: ser perseverante, sin decaer nunca, en los hábitos buenos adquiridos; tener la misma perseverancia para rechazar los malos (el sistema nervioso crece y se desarrolla para las funciones en que ha sido ejercitado); finalmente, señálese el peligro de la excepción; ésta destruye los hábitos y, por consiguiente, es corrosivo de la educación del *carácter* (modalidad de la voluntad de adherirse a principios prácticos que él mismo se ha propuesto). En cuanto al primer aspecto, enseñanza al alumno de normas directivas para el buen vivir, es cuestión tan tratada en el «corpus» pedagógico luliano, de tal modo abunda en todo libro del Iluminado Doctor, que en una primera ojeada a su producción literaria parece al lector desprevenido que toda ella se reduce a consejos de buen vivir y de recto obrar; en cuanto a la importancia que concede a los hábitos buenos, nada mejor que transcribir algunos párrafos del Beato:

a) *De cómo se ha de dominar el enemigo, que es nuestro cuerpo, en ocasiones:* «Amable hijo, los hombres deben amar mucho a sus hijos, y por esto deben ser diligentes en atender a qué crianzas se acostumbran y se inclinan cuanto al cuerpo, porque por las costumbres del cuerpo se ceбан las del alma, y por las del alma las del cuerpo» (23).

b) *Sobre los hábitos en general:* «Las buenas costumbres, hijo, son agradables al espíritu; ¿y sabes por qué? Porque entre las buenas costumbres y la conciencia es hecha la paz, por lo cual malvadas enseñanzas y conciencia son contrarias.» «Sabio mercader es aquel que va por diversas tierras a ganar dinero y a traer mercancías a su tierra para ganar dinero; pero más sabio mercader serías tú, hijo, si fueses por diversos lugares y eligieses las mejores costumbres que encontrases.» «No es la costumbre

(23) R. L.: *Doctrina pueril*, cap. XC.

antigua por su antigüedad más que la nueva; ni la nueva la ames más que la antigua por su novedad; ¿y sabes por qué?, porque eliges la mejor y haces en ira la peor.» «Si por su antigüedad las equivocadas enseñanzas son buenas, son buenas las obras de los demonios, que tanto han perseverado en el mal; y si las costumbres nuevas fueran todas malas, el comienzo del bien sería el mal» (24).

c) *De la importancia de los hábitos en el recto vivir:* «Muchas son las buenas costumbres, hijo, que puedes tener, las cuales te ayudarán donde vayas y te ayudarán en tus necesidades, *e not pøden esser toltes ne emblades, e tro a la mort seran ab tu e representaran la tua ánima a Deus*» (25).

Propuestos rectos principios del buen vivir y señalada la importancia del hábito en educación, resta hablar de todo el complejo mecanismo, por cuyo conocimiento el educando vence sus pasiones, fortifica sus virtudes y mortifica sus vicios hasta llegar a forjar su propio carácter, autoeducándose. «Lulio ha expuesto un *arte por el cual el hombre puede vivificar o mortificar su coraje y su fervor*. Este *arte* es una terapéutica moral, pues así como el médico cura al enfermo atemperando sus cualidades y complejiones, del mismo modo el que quiera vivificar o mortificar su fervor ha de aplicar su potencia imaginativa a trece cualidades, a saber: la memoria, el entendimiento, la voluntad, la sensualidad, la intelectualidad, la potencia, la actualidad, la frivolidad, la afinidad, la causa, la ventura, la intención primera y la intención segunda. El excesivo fervor en amar los placeres temporales y las vanidades del mundo se cura olvidando las cosas demasiado recordadas y esforzándose en recordar aquellas cosas poco recordadas; por el contrario, cuando hay falta de fervor hacia la cosa que se desea amar mucho, para aumentarlo convendrá recordar perseverantemente dicha cosa en sus

(24) R. L.: *Doctrina pueril*, cap. XCIII, «De custumes».

(25) R. L.: *Doctrina pueril*, cap. XCIII.

buenas cualidades con eliminación de las malas. El que tiene gran fervor y gran voluntad para entender alguna cosa que no puede entender ni saber, para menguarlo mortifique su animosidad imaginando los límites de su entendimiento, que es finito y limitado; si, por el contrario, desea aumentar su animosidad para entender o saber alguna cosa, imagine la virtud y la gracia que Dios ha dado al entendimiento del hombre y el arte y la manera cómo entendemos. Con la misma sutil delicadeza expone Lulio el tratamiento para vivificar o mortificar el fervor de la voluntad, de la sensualidad, de la intelectualidad y de las demás cualidades antes enumeradas. No es de extrañar, por tanto, que, después de haber sometido el *coraje* a reglas, Lulio proclame vigorosamente la necesidad de que en todo momento el fervor sea iluminado por el saber: *Quien es animoso y voluntarioso de llegar hasta Vos, tenga su pensamiento puesto en la ciencia y la sabiduría; porque, así como por la vista corporal el cuerpo es iluminado y encaminado para ir dondequiera que sea, así, Señor, la ciencia y sabiduría son ojos del alma con los cuales ésta puede llegar hasta Vos.* Finalmente, Lulio puntualiza las relaciones entre el fervor y el amor. Tanto son una misma cosa, dice, amor y coraje, cuando el hombre ama, que el uno no puede existir sin el otro. Sin embargo, pueden tener objeto contrario cuando el hombre odia, porque podemos fervientemente amar unas cosas y con el mismo fervor odiar otras cosas» (26).

El esfuerzo, base del proceso educativo.—Frente a las pedagogías modernas de la «facilidad», en las que se pretende que es posible alcanzar un mejoramiento moral e intelectual sin el esfuerzo, la mística, y con ella Lulio preconiza la pedagogía del esfuerzo. Porque «es un concepto monstruoso y antibiológico el pensar en una educación sin esfuerzo, hecha allanando dificultades. Representa esa idea una mutilación de la vida en el sentir de nues-

(26) Doctores CARRERAS y ARTAU: Obra cit., págs. 566-567.

tros ascéticos y un lamentable prejuicio que destruye el concepto mismo de educación, ya que toda educación implica la idea de evolución y ésta no puede realizarse sin actualización de energía» (27). Por esto el Doctor Iluminado pide enérgicamente en la *Doctrina pueril* que se eduque al niño no sólo *por* el esfuerzo, sino *para* el esfuerzo: «Si el muchacho no es criado con trabajos, cuando los tuviese ni los sabrá sufrir, ni tener paciencia y nobleza de corazón, por las cuales virtudes venza sus esfuerzos» (28).

Esta característica de la pedagogía mística luliana no es, por otra parte, nada extraña; constituye una pieza indispensable dentro de la total estructura de la mística, porque no se alcanza la cumbre de la purificación y del gozo en Dios como no sea mediante un lento y sistemático método, en el que el esfuerzo juega un papel principalísimo: «Dijo el Amigo a su Amado que le diese la paga del tiempo que le había servido. Tomó el Amado en cuenta los pensamientos, deseos, llantos, peligros y trabajos que por su amor había padecido el Amigo, y añadió el Amado a la cuenta la eterna bienaventuranza, y se dió a si mismo en paga a su Amigo» (29).

El misticismo luliano y la educación moral.—La voluntad educada en continuos ejercicios encuentra ocasión de realizarse amando el bien y huyendo del mal (1.^a y 2.^a intenciones) al ponerse en contacto con el mundo que le rodea, que constituye un gimnasio donde educar la moralidad. «Blanquerna», el protagonista de la obra de igual título del Beato, lucha, padece, labora y practica el bien en el mundo y rehuye el mal, antes de entrar en la vida eremítica y contemplativa. De este modo, en esta obra utópica, la educación moral que en ella se preconiza no constituye otra utopía, sino que revela un conocimiento exacto de los problemas de la educación: la moralidad no

(27) GARCÍA HOZ: Obra cit., pág. 352.

(28) RAIMUNDO LULIO: *Doctrina pueril*, cap. XC.

(29) *Libro del Amigo y del Amado*, pág. 173.

sólo ha de conocerse, sino practicarse. Al hacer de la moralidad un conocimiento vivo y cálido, no frío y teórico, discurre Lulio sobre la formación de hábitos buenos, recomendando la fortificación de las virtudes como medio de no caer en pecado. Este cuidado por la educación moral, importante objetivo de la mística luliana, lleva sus recomendaciones preventivas hasta las mismas puertas por donde las sensaciones se introducen: los sentidos, sobre los cuales recomienda una esmerada educación, no en el sentido froebeliano, sino con una tendencia predominantemente moral. «Por la vista corporal entra la tentación al alma, y por esto debe el hombre criar a su hijo en que vea tales cosas de las cuales no se acostumbre a malos pensamientos, ni a desear ricos vestidos, en los cuales se engendra el orgullo o soberbia, la envidia, gastos inútiles y otras cosas semejantes»; «acostumbrar los hijos a oír vanidades, palabras feas y torpes, romances, canciones e instrumentos, y a otras cosas semejantes que provocan lujuria, es ponzoña y veneno en la memoria, entendimiento y voluntad de los niños, por lo cual consumen y destruyen los bienes de sus padres» (30).

La educación intelectual en la mística luliana.—«Si el acto combativo admitiera una esquematización simple, diríamos que la inteligencia realiza los dos primeros momentos, que son: el hacerse cargo de la situación planteada por los enemigos y el recoger, recontar y ordenar las propias fuerzas para vencer la situación en que actualmente se ve colocado el hombre. La otra faceta está representada en la subsiguiente actuación del hombre frente a sus enemigos» (31).

He aquí la posición de la educación intelectual en el misticismo; no es factor ajeno a él, sino elemento indispensable en el largo camino hacia Dios. Ahora bien: la característica de Lulio dentro de la mística es haber in-

(30) R. L.: *Doctrina pueril*, cap. XC, «De la educación».

(31) GARCÍA Hoz: *Pedagogía de la lucha ascética*, pág. 360.

crementado notablemente el campo de lo intelectual dentro de ella, en relación con el que le conceden otros místicos. Precisamente por esto ha sido objeto de muchos ataques, por haberse supuesto que, llevado de éste su afán racionalista, llegó hasta querer demostrar los artículos de la fe. Esto no es cierto; lo ocurrido fué que, preocupado por su lucha con los averroistas, que mantenían que la fe y la razón son dos campos distintos: una cosa puede ser verdadera según la fe y falsa según la razón—decían—, Lulio intentó probar por la razón todos los dogmas. No pretende el Beato *explicar*, sino dar algunas razones que convenzan de su certeza.

Siempre subordinado al *Arte de contemplación*, introdujo Lulio el método lógico-algebraico, con el fin de reducir la palabra a su mínimo y así mejor contemplar, «porque el entendimiento, por naturaleza, entiende mejor por palabras breves y que sean suficientes para entender, que por palabras largas, y es más brevemente dicha una letra que no Encarnación o Trinidad, y por este tenor las demás cosas» (32).

La experiencia, fuente de conocimiento.—Aunque los sentidos son la puerta por donde entran los motivos con los que debuta la inteligencia, ésta no se puede reducir a aquéllos; «nada hay en la inteligencia que no haya estado antes en los sentidos, a no ser el mismo intelecto». La experimentación tiene cabida principal dentro del misticismo luliano, pero éste no se reduce a lo experimentable; ya señalábamos antes cómo la «ciencia» es pospuesta en el «corpus» pedagógico luliano al «saber», que arguye conocimiento de objetos inexperimentables. En la valoración de la didáctica luliana señalaremos con cierta extensión cómo el mallorquín concede a la experiencia y aun a la experimentación un amplio margen, margen que tiene por finalidad no ya sólo el conocimiento, sino la educación mo-

(32) RAIMUNDO LULIO: *Libre de contemplació en Deu*, cap. 328, párrafo 21.

ral. En el *Félix* es digno de notarse cómo, siguiendo el método «de ascensu»—que va de las cosas particulares a las generales—, señala Lulio un experimento cualquiera, apoyándose en el cual la razón se eleva a lo general, y de aquí obtiene consecuencias de valor moral: «En una alta montaña estaba un hombre, que tenía gran frío por la mucha nieve que había, y estando mirando un gran fuego en otra montaña muy distante, se maravilla porque aquel gran fuego no le calentaba... Tú, hijo, puedes considerar por este ejemplo cómo está Dios en el mundo manifestándose a las gentes por muchas maneras y similitudes, como son las guerras, las enfermedades que nos envía para que le veamos por aquellas causas..., y que nos apartemos y huuyamos del calor y ardor que hay en el mundo» (33).

La pedagogía de la formación de la juventud en la mística luliana.—El manejo y aprendizaje del *Arte*, así como la comprensión del *Arbol de la ciencia*, exige del alumno un determinado bagaje intelectual, que sitúa la actuación de la pedagogía luliana en el campo de lo que hoy llamamos enseñanza media y, quizá, en la superior. No queremos decir con ello que diese de lado a la educación primaria, ni mucho menos; pero tanto por sus polémicas con los infieles ya adultos, como por la enseñanza que realizó en las escuelas, tuvo que habérselas con gente ya algo formada intelectualmente. Ahora bien: es conocido hasta qué punto el ambiente, «la circunstancia», modela al hombre y, en consecuencia, su producción intelectual. Pestalozzi, maestro de escuela, pongo por caso, no enfoca la educación lo mismo que Lulio, y ello por causas varias, entre las que juega un papel preponderante el ambiente. El nivel cultural donde se ha hecho Pedagogía ha influido en esta Pedagogía de un modo notable, hasta el presente poco evaluado. A Lulio podría llamársele maestro de hombres, sin que por eso deje de ser un excelente maestro de niños; no obstante, hemos de reconocer que la pedagogía de la

(33) *Félix*, tomo I, pág. 39, párrs. 6.º y 7.º

lucha ascética y del misticismo alcanza su mayor valor, «sube de punto aplicada a la educación de la juventud» (34).

Autoeducación.—Hay una idea fecundísima en el pensamiento luliano; nos referimos a la autoeducación, que tiene sus raíces tanto en la propia formación del Beato, que fué un autodidacta, cuanto en la estructura del mismo misticismo, que predica que el hombre ha de obtener de sí mismo, con ayuda de la gracia, los medios con los cuales venza las tendencias contrarias que se oponen a la consecución de su fin.

Esta confianza en las propias fuerzas del educando, dentro de ciertos límites, es necesaria al educador. porque, como dice Lombardo Radice: «somos hombres en cuanto nos hacemos hombres»; «quien es hombre, es educador de sí, si educación es la formación del hombre» (35). Una educación que ejerza una tutela constante sobre el educando habrá privado a éste de la posibilidad de formarse completamente, porque si la educación es conducción, es también autonomía. Lulio—y a su propia vida hemos de remitirnos para esclarecer su Pedagogía—no se mantuvo totalmente en los cauces que le señalaba la educación coetánea al crear la suya; ésta, dentro de los límites impuestos por el momento, es algo *sui generis*, es decir, autónoma, o sea personal, fruto del ingenio propio, producto de la autoeducación. En el *Félix*, el Iluminado Doctor señala este matiz muy claramente: «Así, de lo primero que te debes maravillar, es de la falta de caridad y devoción de nuestro siglo; vete por el mundo maravillándote de los hombres, porque cesan de amar y conocer a Dios, gasta en esto tu vida en amarle tú y en llorar los defectos y miserias de los que le ignoran y difaman. Obedeció Félix... y se fué por los bosques..., maravillándose de las maravillas que hay en el mundo, preguntando lo que no en-

(34) GARCÍA Hoz: *Pedagogía de la lucha ascética*, pág. 382.

(35) *Líneas generales de Filosofía de la educación*, págs. 7 y 12.

tendía..., no excusando los mayores riesgos porque a Dios se le hiciese reverencia y honor» (36). El *Libro del Amigo y del Amazo* es todo él, desde un punto de vista pedagógico, un cántico a la autoeducación. Después de conocerse, regirse, educarse a solas. La pedagogía de sí mismo. El hombre reconoce lo que vale la entrega al Señor sobre todos los demás bienes terrenos. «Encontró el amor del Amigo al amor mundano, quien luego se convirtió en nada; de lo que se admiraron los hombres que lo vieron, a quienes dijo el Amigo: No tenéis que admiraros, porque no es contra Naturaleza desvanecerse las tinieblas en presencia de la luz» (37).

La mística luliana y la voluntad de autoeducación.— El *Arte*, por el cual el hombre puede mortificar su coraje y su fervor, no es sino un medio por el que el hombre se aplica una verdadera terapéutica moral; el Beato creó este *Arte* con el fin de que se lo aplicasen a sí mismos quienes lo leyeren, es decir, había de constituir una autodisciplina, había de apoyarse en los impulsos de imposición que se dan en el joven. Frente a la anarquía de las tendencias que se dan en el joven, Lulio intenta con esta *Arte* ordenarlas estática y dinámicamente, colocándolas en su lugar dentro de la vida humana y ordenar sus operaciones en orden a un último fin. El excesivo fervor —por ejemplo— en amar los placeres temporales y las necias vanidades se cura olvidando las cosas demasiado recordadas y esforzándose en recordar aquellas cosas poco recordadas.

La mística de Raimundo Lulio y la pedagogía del amor. Pero todas las facetas que hemos señalado anteriormente en la mística luliana y subsiguientemente en su Pedagogía, aunque son muestra de un concepto austero de la educación, no engendran una Pedagogía pesimista. La pedagogía luliana es una pedagogía del amor, optimista, que

(36) Tomo I, pág. 2.^a párr. 3.^o

(37) Obra cit., verso 238.

confía, con la ayuda de Dios, en la propia salvación. «Una grandiosa filosofía del amor, teológica, metafísica, psicológica y moral a la vez, anima y caldea todo el «opus» luliano. A quien tuviera sobre ello la menor duda, bastaría recorrer las páginas inflamadas, en parte doctrinales y en parte autobiográficas, de aquella vasta enciclopedia del amor, desenvuelta en el *Libre de contemplació en Deu*, grandioso monumento de la literatura mística filosófica medieval. Esta filosofía del amor deriva, finalmente, hacia una filosofía personal de la muerte y del martirio» (38). De la abundancia del corazón habla la boca; he aquí un ejemplo que ilustra los anteriores asertos: «Llamó el Amigo con voz alta a las gentes y dijoles que Amor les mandaba que amasen caminando, estando sentados, velando y durmiendo, hablando y callando, comprando y vendiendo, llorando y riendo, ganando y perdiendo, en placeres y penas, y en cualquiera cosa que hicieran amasen, que así lo mandaba el Amor» (39).

La mística de Raimundo Lulio y la pedagogía del ideal.— La personalidad del hombre está constituida tanto por lo que fué como por lo que es y espera ser. Presente, pasado y futuro se reúnen de conjunto para sustentarla. En el joven se da vago y borroso el ayer; lleno de colorido, pero inconcreto, el hoy; en la mañana pone sus ilusiones. En este mañana se ubican los ideales; ideales que son de muy diversa índole: sociales, profesionales, económicos, etc. Al tratar de realizarlos surgen las dificultades, y como éstas no siempre son vencidas—querer no es poder—, puede invadir al joven el pesimismo y la desesperanza. Lulio, y con él la mística y la ascética, se adelanta a retratar a los hombres del mañana en un mundo mejor, pero posible. En él se puede caer, pero no ser vencido, que es cabalmente lo que al mismo Beato le ocurrió. Aparte de que la educación mística y ascética «existe en función

(38) Doctores CARRERAS y ARTAU: Obra cit., pág. 344.

(39) *Libro del Amigo y del Amado*, pág. 177.

de un ideal de vida, de imposible superación, puesto que arrancando del hombre llega en sus aspiraciones hasta Dios» (40). Lulio, como sociólogo, expone todo un plan de vida terrena, que está más en consonancia con las virtudes cristianas de lo que en su época lo estaban la sociedad y muchos estamentos de ella. Este plan tiene gran valor en la educación de la juventud, pues, aunque utópico, no es fantástico, y por ende es realizable, facilitando con ello el pan del ideal terreno a la juventud ansiosa de tenerlo. «Es el *Blanquerna* una novela utópica, pero no fantástica y fuera de las condiciones de este mundo, como la *República*, de Platón, o la *Utopía*, de Tomás Moro. Aparece Lulio como más práctico y de más recto sentido que los que se han dado a fabricar ciudades imaginarias. No hay una sola de las reformas sociales, pedagógicas o eclesiásticas propuestas por Lulio, cuyo fondo no esté dado en alguna de las instituciones de la Edad Media y de su patria catalana, ninguna de las cuales intenta destruir, sino avivar» (41). Entre los ideales lulianos cuyas raíces se encuentran en la mística, hemos de citar el pacifismo. En el *Llibre de contemplació en Deu* expone el «Arte por el cual el hombre que está en guerra puede tener paz y concordia con sus enemigos» (42), exponiendo a continuación la didáctica más conveniente para conseguir este ideal: «Todo hombre que quiera tener paz y huir de inquietud, debe mirar cuál de las potencias domina sobre la otra, y si encuentra que su sensualidad está sobre su intelectualidad, debe bajar su sensualidad y subir su intelectualidad hasta su lugar, porque nunca el hombre tendría paz con su enemigo si fuese obediente a su sensualidad y desobediente a su intelectualidad.» Cuando dos hombres están en guerra por alguna cosa sensual y ambos son esclavos de la potencia sensitiva y des-

(40) GARCÍA HOZ: *Pedagogía de la lucha ascética*, pág. 322.

(41) MENÉNDEZ Y PELAYO: Prólogo al *Blanquerna* de don Marcelino, pág. XL.

(42) Tomo IV, págs. 310-318.

obedientes a la potencia racional, tenemos la peor guerra que puede darse. En este caso, el que quiere la paz es preciso que con su racionalidad mortifique la sensualidad, a fin de que sea amante de su enemigo. Si por esta manera tampoco surge la paz, convendrá que combata con su enemigo, pero sensualmente, sino intelectualmente, esto es, con razones necesarias y por derecho. Si ni aún así consigue su objetivo, probará a combatirle en su sensualidad hasta vencerle, a fin de que por la mortificación de la sensualidad sea mortificada la mala voluntad que está en la intelectualidad. Y si por tratarse de un enemigo a la vez poderoso y que no admite razones, resultan ineficaces las maneras antes expuestas, no queda otro consejo para el que desea la paz que, venciendo a sí mismo, abandone la cosa sensual, que es causa de la guerra a su adversario, y huya de su presencia. El que quiera tener paz y concordia en la guerra intelectual deberá concordar su memoria y su entendimiento y su voluntad con los, de su adversario, y de este acuerdo hecho entre las dos almas sobrevendrá la paz y la concordia entre los cinco sentidos espirituales de una parte y de otra. Cuando se está en guerra intelectual y sensualmente, el que quiere la paz búsquela primeramente en las cosas intelectuales, haciendo a la potencia racional dueña de la potencia sensitiva, y si no se puede pacificar con su enemigo en las cosas intelectuales, busque la paz en las cosas sensuales, mortificando a éstas en su fuerza y naturaleza, a fin de que de este modo sea pacificada la naturaleza intelectual.

La pedagogía de la ejemplaridad en Raimundo Lulio.—

Hay un aspecto de la pedagogía luliana que es la que da vida y calor a toda su obra; nos referimos al propio ejemplo del Beato. Su obra está vivificada por su ejemplo. Como éste fué heroico, toda ella está impregnada de heroísmo. Sabemos cuánta trascendencia tiene en los años mozos el modelo humano que se elige como faro orientador en

la vida. La vida de los grandes hombres ha sido frecuentemente gestora de otras grandes vidas; y esto sólo por la lectura de sus biografías. ¿Qué diremos cuando el ejemplo es inmediato, vivo y cálido? Lulio fué encarnación de lo que predicó. Fué maestro y recomendó el afinamiento de los métodos didácticos, y cuando advierte que su *Arte* no encuentra lectores, por abstruso y complicado, «puesto en gran angustia y tras larga deliberación, resolvió que era preferible condenarse él solo a que se perdiese totalmente aquella *Arte*, con la cual muchos podrían salvarse..., porque amaba más a su prójimo que a sí mismo» (43). Fué misionero, y con su sangre selló lo que había escrito; fué místico, y con su apartamiento del mundo y su renuncia de todo lo apetecible en la tierra, dejó sentado bien claramente que su actitud era sentida y sincera. Indudablemente que la mejor manera de interpretar el «opus» luliano es considerarlo como el bello florecer de una actuación personal, apasionada y profundamente vivida. «En el «opus» total luliano adquiere importancia decisiva la acción personal, el ejemplo fecundante, el gesto heroico, que en la mente del Doctor Iluminado supera todas las filosofías» (44).

Valor de la educación intelectual en la mística de Raimundo Lulio.—Señalada anteriormente el área que lo intelectual abarca en la mística luliana, indicamos ahora el valor que le concede dentro de su plan educativo. Ha sido siempre sentir de los maestros cristianos que más que la *ciencia* importa la *sapiencia*; es decir, más que la suma de conocimientos importa la capacidad de auto-dominio, «la elemental sabiduría de la vida, que da capacidad para dominarse a sí mismo, para el trato con el mundo, para orientación trascendental del vivir» (45). Ni la *razón*, ni los métodos tan propios que esa razón suya

(43) *Vida coetánea*, págs. 17-20.

(44) Doctores CARRERAS y ARTAU: Obra cit., pág. 640.

(45) GARCÍA Hoz: Obra cit., pág. 401.

creó en beneficio de la enseñanza, fueron *finés* para el Beato, sino medios aceptables. La *sapiencia* dirige a la inteligencia, y no inversamente. De aquí el profundo *sentido vital* que caracteriza la pedagogía iuliana. Los ideales y los valores morales son los que se han de inspirar de modo primordial en el espíritu del hombre, fortificando los instintos humanos superiores y la voluntad, y suministrando un verdadero sentido de la vida, una superior concepción que unifica, domina y da sentido a los conocimientos científicos.

El misticismo de Raimundo Lulio, la educación física y la sexual.—El cuerpo para la ascética y, subsiguientemente, para la mística, no sólo es enemigo, sino también colaborador del alma en la tarea de la propia perfección; enemigo, en cuanto sus tendencias son peligrosas para la sanidad del alma; colaborador, en cuanto situado entre la conciencia y el mundo exterior, es «el órgano inmediato de acción externa y de relación con el mundo físico», «porque por las costumbres del cuerpo se ceban las del alma, y por las del alma las del cuerpo» (46). Como enemigo, recomienda Lulio la educación austera y ascética para dominarlo, y que no sea obstáculo de la propia perfección; pero al mismo tiempo, teniendo en cuenta la ayuda que puede proporcionar a la tarea educativa, Lulio «se acogió a la máxima de Juvenal: *Mens sana, in corpore sano*. Si admite austeridades, estas austeridades no corresponden a un estímulo pasional, sino a la serenidad facilitando en vez de destruir la gestión educadora y sublimadora. Sabe la santidad del niño, y le ama con su cuerpo y su alma, cuidándole delicadamente, porque sabe que de una sana educación intelectual, moral y física dependen los gloriosos destinos de este niño. Todos llevamos en nosotros mismos el impulso de una predestinación; en la educación se trata de hacer que esa predestinación tenga efectividad en la vida de cada cual. Y en

(46) RAIMUNDO LULIO: *Doctrina pueril*, cap. XC, «De la educación.

esto, ¡cuánto se adelantó Raimundo Lulio a su tiempo! La educación física, según el pensamiento luliano, predispone para la buena formación intelectual, la que más seria influencia tiene sobre el carácter» (47).

El Beato mallorquín admite la lactancia mercenaria, a diferencia de muchos pedagogos renacentistas y aun medievales: «Tuvo Blanquerna por ama una mujer muy sana y robusta para que se criase el niño más sano y robusto» (48). Durante el primer año sólo debe tomar leche pura, «pues, por falta de robustez en la digestión, no pueden los niños en aquel primer año injerir otra vianda» (49). Otro aspecto de cuánta es la delicadeza de Lulio, al hablar de la educación física en el período preescolar, dice: «No le prohibió cosa alguna de lo que la Naturaleza apetece y requiere en aquella infantil edad; así es que hasta los ocho años le permitió vivir en libertad y según el curso natural» (50). Repásense las opiniones sobre este particular de los grandes pedagogos medievales, y aun del Renacimiento, y se advertirá el contraste. «Cuando el niño está tan crecido, que ya anda, corre y juega, entonces se le debe dar de comer cuando lo pida según necesita; y así, a la mañana no se le ha de dar más que pan si lo pide, porque por comer cosas dulces, frutas y otras golosinas se harta, y después no tiene ganas de comer... El vino demasiado fuerte destruye el calor natural, embota el entendimiento y acorta la vida... Y así, si el infante bebe vino fuerte, salsas, especias fuertes, se le requeman los humores, se le destruye el cerebro (*sic*). Cuando al muchacho le ponen ropas demasiadas, entonces le destruye el calor natural, porque con el trabajo que pasa jugando se le abren los poros, por donde sale calor natural en vapor y en sudor, y por el demasiado vestido

(47) SUREDA BLANES: *Ideas filosófico-pedagógicas lulianas*, página 43.

(48) RAIMUNDO LULIO: *Blanquerna*, pág. 27.

(49) *Blanquerna*, pág. 28.

(50) *Blanquerna*, pág. 28, cap. IV.

no puede entrar el frío a cerrar los poros, pues si los cerrase conservaría el calor natural en el cuerpo, y la digestiva sería más fuerte» (51). Advertimos en los párrafos anteriores la abundancia de razones higiénicas para justificar su higiene infantil, su educación física, que para Lulio no está coloreada por el tono represivo típico de la pedagogía patristica y aun de la escolástica (52).

Para estas pedagogías, la Naturaleza resulta una aliada peligrosa, *timeo Danaos et dona ferentes*, teme a lo natural aunque proporcione ventajas—reacción del concepto pagano de la vida—; para Lulio, diversamente, no constituye peligro, siempre que se la encauce debidamente; da aquí estas frases que, consideradas aisladamente, parecen roussonianas: «No le prohibió cosa alguna de lo que la Naturaleza apetece y requiere en aquella infantil edad!...», que citamos anteriormente, y estas otras que abundan en el mismo concepto: «Advierte, hijo mío, que más sabia es la Naturaleza en criar a los niños que su madre, y la que la Naturaleza pierde en los hijos de los ricos lo gana en los hijos de los pobres, y así abre los ojos y mira de que hijos verás más que sean frescos, hermosos y sanos, o de los hijos de hombres ricos o de pobres. ¿Y sabes de dónde procede esto? De que la Naturaleza da convenientemente a los hijos de los pobres lo que han de menester, y a los hijos de los ricos no les puede dar lo que desea, porque el demasiado vestir y el demasiado comer se lo impide» (53).

Crecido ya el niño, postula el Beato se le ejercite corporalmente, y ello no basándose en apriorismos, sino fundado en razones médicas: «Exercitura es, fill, occasio de sanitat: car si trebayes en dejun, la calor natural fortificará la digistio et muntiplicará en los miembros, e consumará alguna mala humor engenrada per indigistio, la

(51) *Doctrina pueril*, cap. XC.

(52) Véase GIL DE ROMA: *Regimiento de príncipes*.

(53) *Doctrina pueril*, cap. XC.

qual porgará per suor e per vapor» (54). Hasta tal punto es entusiasta de la educación física razonable, que juzga imprescindible incluir en su programa escolar la Medicina, a fin de que el niño, convertido ya en hombre, pueda conservarse en el debido vigor y salud. En el *Félix* da consejos muy ceñidos a este objeto, y, a veces, pintorescos. «La experiencia en que el hombre puede conocer si la digestiva es en buena disposición en su cuerpo, es considerando en su oficio o ejercicio muchas veces, y si se siente ligero o pesado, triste o alegre, experimentando si la expulsiva es bien ordenada y en que los manjares son más fáciles de cocer (digerir) y expeler, asimismo debe el hombre considerar sobre su dormir, velar, etc., porque todas estas cosas son señales por las cuales puede tener conocimiento de la digestiva» (55). «Además, has de saber que, para conservar la juventud, es mucho más conveniente la vestidura ancha que la estrecha, porque (para que) el aire pueda participar con la superficie del cuerpo y con su calor ayudarle a arrojar los vapores que la potencia digestiva apetece expeler» (56).

Por lo que atañe a la educación sexual, una y mil veces clama el Iluminado Doctor contra los peligros de la lujuria, frente a la cual recomienda fortalecimiento del espíritu en lugar de enseñanzas fisiológicas. «La superioridad que en este punto tiene la ascética sobre los demás ensayos de educación sexual radica, en primer término, en que, mientras éstos, generalmente, le tratan como un problema aislado, para la ascética es una parte, y como tal englobada en un todo, de la total educación del hombre. Acostumbrándose el hombre a no obrar nada sin que el espíritu haga acto de presencia, si está robustecido el espíritu podrá aplicar su energía a un sector determinado, el sexual en este caso, con lo que toda la acti-

(54) *Doctrina pueril*, cap. 78, «De la ciencia de Medicina».

(55) *Félix*, tomo II, cap. VII, núm. 8.

(56) *Félix*, tomo II, cap. IX, núm. 10.

vidad educadora gravita en un momento dado sobre el punto que al hombre le interese» (57). Además, Lulio padeció en su propia carne muy cruelmente los zarpazos de la lujuria; temperamento pasional, su inclinación dominante fué la lujuria, o como él dice, el pecado de la carne. «Contra esa inclinación de su temperamento ardiente tuvo que luchar denodadamente aun después de su conversión. Hombre de gran imaginación, caldeada por el clima y el ambiente oriental de Mallorca, facilmente su pasión se convierte en culto al amor sensual. No poco debieron contribuir a ello los malos ejemplos del rey Jaime I *el Conquistador*, que él pudo observar de cerca, y el fausto de aquella naciente corte de Mallorca, que atrajo de un modo irresistible al gallardo senescal y mayordomo del infante Don Jaime. Lulio nos ha descrito con los más vivos colores aquel período de su vida galante y de trovador del amor liviano.» «Han sido, dice, todas mis palabras orgullosas y de vanagloria, pintadas con dichos artificiosos pronunciados con falsa intención, con engaño y refinamiento. En todas cuantas cosas, Señor, puede ser un hombre disoluto y desordenado y mal acostumbrado y mal enseñado en su hablar, yo lo he sido cantando y trovando y blasfemando y deshonrando y menospreciando y mintiendo y descreyendo, y todas las otras torpezas que con la boca se pueden pronunciar o decir, todas han residido y pasado por mi boca y por mis labios, y en toda manera, Señor, que por ningún fregadero ni conducción jamás pasaron tantas fealdades como han pasado por mi boca palabras feas y horribles y sucias y malas» (58). Este hombre, que con tanta franqueza nos declara sus propios padecimientos y debilidades, era aptísimo, en razón de su propia experiencia, para señalar los remedios contra los peligros de la carne. En la *Doctrina pueril* pone en guardia contra aquello que, visto, oído o gustado, pue-

(57) GARCÍA HOZ: *Pedagogía de la lucha ascética*, págs. 402 y 403.

(58) Doctores CARRERAS y ARTAU: *Obra cit.*, pág. 259.

de ser ocasión de lujuria. En el *Libre de contemplació en Deu* (tomo VII) señala un arte de amar a Dios, que consta de las nueve escalas siguientes, que muy bien pueden tener aplicación en la lucha contra la lujuria:

1.^a Continencia y abstinencia en el comer y beber y en las demás cosas sensuales.

2.^a Subordinación de los sentidos sensuales a los sentidos intelectuales.

3.^a Que la potencia imaginativa, dentro de su oficio de usar de las cosas temporales, imagine la vileza del mundo en vez de los placeres y vanidades.

4.^a Que la potencia racional no sea esclava de la potencia sensitiva.

5.^a Que la potencia motriz obedezca a la potencia racional, y no a la potencia sensitiva.

6.^a Que se dé al alma un «bello y noble y grande y virtuoso recordar, entender y querer».

7.^a Amar a Dios por la primera intención y a las demás cosas por la segunda intención.

8.^a Que la memoria y el entendimiento aprendan el contraste entre perfección y defecto, a fin de que la voluntad se decida a amar la cosa perfecta.

9.^a Soledad y contemplación.

OTROS ASPECTOS DE LA PEDAGOGÍA LULIANA

La formación y la orientación profesionales.—Señala el profesor Sureda Blanes las *ideas estimativas* que inspiran toda la producción del bienaventurado maestro y que constituyen el *substratum* filosófico de su pedagogía y como si dijésemos los centros de atracción en donde se polarizan sus ideas pedagógicas; estas *ideas* constituyen pues, una explicación de la causa por la que se tratan con especial atención ciertos problemas pedagógicos. Entre ellas fijaremos nuestra atención sobre las *del hombre física y moralmente perfecto* y la de *utilidad*, causantes del interés especial que el Beato mallorquín muestra por cues-

tiones que hoy calificaríamos de orientación y formación profesionales, basadas en una teoría psicofisiológica de la sutileza y el ingenio. Esta teoría, forjada para finalidades místicas, preludia algunos puntos de vista de Luis Vives y de Huarte. Hay una sutileza natural resultante de que el hombre está bien instrumentado y ordenado en sus miembros corporales, comoquiera que éstos son el sujeto en que el alma actúa sus virtudes, puesto que cuanto mejor dispuesto sea el continente para recibir el contenido, más acabadamente se hallará en éste dentro de aquél. Hay también una sutileza accidental o adquirida que se engendra de la cooperación y uso cotidiano de los sentidos intelectuales y de los sentidos sensuales (59).

El hombre colérico es naturalmente más sutil que el flemático, puesto que la cólera tiene mayor propiedad que la flema para hacer pasar las virtudes del alma de la potencia al acto; y la razón de ello es que dichas virtudes más naturalmente vienen en acto por el calor y la sequedad, que disuelven y separan las cosas contrarias, que por el frío y la humedad, que las constriñen y juntan. La sutileza natural es mayor que la sutileza accidental. Los hombres sutiles por naturaleza aprenden sin maestro, pues son rectores de su propio pensamiento y muy aptos para la disputa; los hombres sutiles accidentalmente entienden menos y no pueden guiar su entendimiento sino dentro de los términos aprendidos por su maestro, y por eso cuando se les cambia de materia por otra que desconocen son vencidos. El sutil natural ama los significados intelectuales, como los géneros y las especies en general, y gusta de las razones y pruebas naturales; el sutil accidental prefiere los significados sensuales e individuales y disputa por autoridades, por milagros, por fe antes que por razones necesarias. Y comoquiera que los hombres difieren en naturaleza y en complexión y también por el régimen de

(59) Véase *Libre de contemplació en Deu*, tomo IV, distinción XXXI

alimentación, de aquí que cada uno se sutilice más fácilmente en aquella sensualidad que le es propia. Y es preferible que cada cual se sutilice en aquella arte que más le conviene por naturaleza.

Sentadas estas premisas, se trata de estudiar el modo como se han de verificar los exámenes para que nos sean orientadores de su futura profesión, de cuál profesión le es más apta. Naturalmente, Lulio no conoció esta ciencia, hoy tan floreciente, llamada Psicometría, fundamento de la actual orientación profesional; pero, llevado quizá por una intuición verdaderamente genial, señala los métodos del *informe* y de la *autoobservación* como los más convenientes en la orientación profesional; el del informe—el ejecutante, maestro de una profesión, señala las cualidades que son necesarias para el éxito en ella—, porque indica las pruebas por las que ha de pasar el que aspira al estado del matrimonio (que no es profesión, pero se le parece), estado que él había vivido; señala las pruebas que ha de cumplir el escudero que aspira a ascender al Orden de la Caballería—estamento social en el que había estado encuadrado en sus tiempos galantes y mundanos—; fija las condiciones que caracterizan al buen clérigo; condiciones imprescindibles para estar bien inserto en el estado religioso, en el cual estado de clerecía él también vivió. En efecto; estos métodos que practica el mallorquín pasan hoy por ser los más útiles dentro de la orientación profesional, muy superiores a los que se derivan de un estudio atomizador de las facultades del sujeto y de la subsiguiente búsqueda de una profesión en cuyo ejercicio intervengan aquellas facultades que el sujeto ha demostrado poseer. El estudio de aptitud y la capacidad profesional ha revelado actualmente que la *aptitud* no es el todo en la elección de la profesión, que la *actitud* que el hombre desde niño ha adoptado frente al mundo exterior es de más influencia en el ejercicio de la futura profesión que la aptitud para ella; de aquí el nuevo concepto que

actualmente se ha introducido en la «orientación profesional», la capacidad profesional, que es la idoneidad claramente probada de un individuo para un determinado trabajo. Estas pruebas que señala en el *Blanquerna* y en el *Libre de cavalleria* son de *aptitud vital* en uno y de capacidad profesional en el otro, pues en el capítulo V del primero de los precitados libros se dice: «Examina Evast a Blanquerna para ver si tiene discreción bastante para el régimen de la casa. Propónele una cuestión a la que responde con agudeza», agregando en un subtítulo: «prudencia que deben tener los padres en examinar a sus hijos antes de darles estado»; en el *Libre de cavalleria* se muestra más explícito; en su tercera parte «se especifica el examen que ha de ser hecho al escudero que quiere entrar en el orden de caballería» (60), y en ella se tratan las siguientes cuestiones:

a) *Si tiene vocación*: «A examinar scuder cové examinador qui sia cavaller amant l'orde de cavalleria: car als cuns cavaller son qui amen plus gran nombre de cavallers qui sien bons» (61).

b) *Si es religioso*: «En lo començament cové demanar al scuder qui vol esser cavaller si ama ni tem Deu: car sens amar e tembre Deu, null home no es digne de entrar en l'orde de cavalleria» (62).

c) *Si es valeroso*: «Car nobilitat de coratge fo començament de cavalleria, et viltat de coratge es destriment del orde de cavaller.» Valor que no consiste ni en fanfarronería, ni en hermosas vestiduras, ni en fogoso palafren, sino que radica en las virtudes, tanto teologales como cardinales, que posea el caballero.

d) Que sea de buena educación y costumbres.

e) *Saber qué intención anima al escudero a hacerse caballero*: «Car si volia cavalleria per esser rich o per sen-

(60) Páginas 223-228. Comisión Editora Luliana. Palma de Mallorca, 1906.

(61) Obra cit., pág. 223.

(62) Obra cit., pág. 223.

yorejar o per esser honrat sent que no fassa honor a cavalleria ni honre les honradors qui a cavalleria fan honrament e honor, amant cavalleria ama sa desonor, per la qual desonor es indigne que per cavalleria haja riquesa ni benamança ni honrament» (63).

f) *Ha de saber cuáles son sus obligaciones y a la dura lucha a que se expone:* «Al scuder qui vol cavalleria cové saber lo gran cárrech de cavalleria e los grans perills qui son aparelats a aquells qui la volen pendre e mantenir: car cavaller deu més dubtar blasme de gents que mort: e vergonya deu donar major passio a son coratge que fam, ni set, ni calt, ni fret, ni altra passió ni treball a son cors» (64).

g) *Ha de tener aptitud física:* «Home contret, o massa gros, o qui haja altre defalliment en son cors per lo qual no pusque usar de ofici de cavaller, no deu esser en l'orde de cavalleria» (65).

h) *No ha de ser fanfarrón:* «Si scuder ha vana gloria de so que fa, no es semblant que sia bo a cavaller: car vana gloria es vici que destrocix los mérits els guardons dels benifets qui son donats per cavalleria.»

Como se advierte por lo transcrito, no es un examen superficial, sino profundo, el que sufre el escudero; no se trata de averiguar algunas características psíquicas y físicas del escudero, así como morales, sino determinar su *capacidad* total para el ejercicio de su elevada misión. Y es admirable advertir cómo gracias al profundo conocimiento que tenía el Iluminado Doctor del alma humana no incurre en los yerros que había de caer la orientación profesional en sus comienzos, al postular la Psicometría como único método de verdadera valía en la orientación del joven que debuta en la vida. Así, pues, no sólo destaca Lulio entre los pedagogos medievales, por dar cabida a la orientación profesional en su pedagogía, sino que, ade-

(63) Obra cit., pág. 226.

(64) Obra cit., pág. 226.

(65) Obra cit., pág. 227.

lantándose en siglos a lo que después había de probarse era el mejor camino, señala las pruebas de «aptitud vital» como los más excelentes métodos en esta ciencia.

Respecto a la formación profesional, no es tan explícito; no obstante, recomienda insistentemente la conveniencia de dominar una profesión práctica para poderse valer en caso de desgracia y para realizar el fin de la educación: «Porque la ociosidad, el olvido, la ignorancia y mala voluntad concuerdan y andan juntos, y por esto suelen ser los hijos de los ricos mal criados, perezosos, flacos, necios, y malgastan lo que sus padres les dejan, porque no tienen modo de saberlo guardar y defender de hombres falsarios, traidores y embusteros» (66).

EL VALOR PEDAGÓGICO DEL IDEAL MISIONERO EN RAIMUNDO LULIO

«El Doctor Iluminado es, en el más noble sentido de la palabra, el Don Quijote catalán, pero de carne y hueso, que ni un solo momento pierde el sentido de la vida; incluso en los vuelos más audaces del pensamiento, no deja de la mano el *santo negocio* de la salvación y de la *salud eterna* de los hombres ni olvida la pública utilidad de la cristiandad. El mismo se intitula *procurador de infieles*» (67). Y ello responde no sólo a cualidades esenciales de su carácter, sino también a la concepción que tenía del verdadero cristiano: Jesucristo vino al mundo para que todos vieran la luz y conocieran la verdad. Asimismo, Jesucristo murió por la salvación de todos. Por tanto, cristiano que no sea *misionero* no piensa, juzga y actúa constantemente y coherentemente a semejanza de Cristo. Toda la obra de Lulio es catequística; una parte bastante extensa es sobre Misiología. El mallorquín no se limita solamente—con ser mucho—a realizar pedagogía catequista en tierra de cristianos, ya sean ortodoxos, ya heterodoxos (averroístas), sino que, imbuído de una profunda ansia de

(66) *Doctrina pueril*, cap. XC. «De la educación».

(67) Doctores CARRERAS y ARTAU: Obra cit., pág. 262.

martirio, lleva la enseñanza de la vera religión a tierras de infieles e incita a los poderes supremos (Reyes, Papa) a que tomen bajo su protección tan santa tarea. Con este motivo surgen de su pluma obras como *Petitio pro conversione infidelium* (dirigida al Papa Bonifacio VIII), *Libro de acquisitione Terrae Sanctae* y *Petitio Raymundi in Concilio generali ad acquirendam Terram Sanctam*, en las cuales se estructura un plan general misionero de tanto valor religioso como pedagógico, a tal punto que hoy es unánimemente considerado como uno de los precursores de una nueva ciencia denominada «Misiología», que es una apologética basada en la etnografía.

En el capítulo 346 del *Libro de contemplacio en Deu* describe Lulio «un arte con la cual todo el mundo puede ser convertido a la santa fe católica», que es de corte auténticamente pedagógico, primeramente porque las armas que se han de emplear son las del espíritu y no las sensuales, porque indica la conveniencia de aprender los lenguajes de los infieles a fin de convertirlos más fácilmente proporcionándoles libros de devoción y de demostración de la fe cristiana, entre los que figuran su *Arte*, en estado embrionario al escribir este libro, una de cuyas finalidades es precisamente la de catequizar por razones a los infieles, entablando diálogo con ellos a fin de ver en qué discrepa su ley de la nuestra; como, según Lulio, los sarracenos son los que tienen una creencia más cercana de la cristiana, conviene comenzar por ellos la conversión. En otro lugar estudia la diferenciación de los dogmas de los infieles respecto al nuestro, a fin de llevar a cabo más pedagógicamente la tarea evangelizadora, preconizando la fundación de colegios en los cuales sean enseñadas las lenguas judaica, sarracena, tartárica y cismática, cuyo conocimiento tantos bienes ha de proporcionar a esta cruzada espiritual por la que aboga, teniendo siempre presentes los principios del *Arte general*.

Abunda también sobre el mismo tema en el *Félix*, donde

él mismo, llamándose «juglar», señala la conveniencia de «que hiciesen un convento de religiosos que aprendiesen la lengua arábica para que fuesen a honrar la fe a Tierra Santa, donde la infidelidad tanto la deshonra», a lo que el prelado interlocutor, en la obra, del mallorquín le responde «que los sarracenos daban muerte a todos los que les hablaban de esta materia, y que así no convenia que los hombres muriesen sin conseguir ningún fruto»; a lo que el juglar respondió que «mayor fruto era alabar y honrar a Dios que salvar los hombres, pues mayor nobleza y perfección hay en Dios solo que en todos los hombres juntos..., y que todo el mayor honor que el hombre le puede ofrecer (a Dios) es ofrecerse a morir por su amor, y éste es el modo de alabarle y honrarle en lo que más le agrada» (68). Este ansia de martirio está aureolada por su «eros pedagógico, ya que nunca pierde de vista los medios más apropiados para que este sacrificio no resulte estéril; estos medios son la enseñanza de idiomas extraños y su *Arte*: «Dijo (Lulio) que sería muy conveniente que en París se estableciesen monasterios donde se aprendiesen los distintos idiomas de que usan los infieles, y que en ellos se tradujese el *Arte demostrativa*, y que, con ella traducida, fuesen a los tártaros y a otras naciones bárbaras y que de algún modo se hiciese venir a París algunos hombres de aquellas mismas naciones para que aprendiesen el uso de nuestras letras e idiomas y que después fuesen a sus tierras a enseñar lo que hubiesen aprendido» (69).

Este ideal misionero, engendrador en gran parte de su pedagogía, ya que si utilizó los métodos de su *Arte* débese en buena parte a sus deseos de hacerse más comprensible por los infieles y así lograr su conversión por «razones necesarias», muéstrase también en su polémica con los averroístas, en la cual polémica cuida de afinar sus instrumentos demostrativos por tratarse de adversarios de

(68) *Félix*, tomo II, párrafos 12 y 13, pág. 84.

(69) *Félix*, tomo II, pág. 230, núm. 22.

superior calidad, revelándose tan ardoroso como en la conversión de infieles, pues para Lulio el averroísmo era el islamismo en filosofía. El Islam y la filosofía averroísta constituían para él un solo frente, y al atacar al uno también atacaba al otro.

Y todo este ideal misionero estaba siempre alentado por la sapiencia de la verdad, la cual llevó en sí la exigencia de su enseñanza: «Secreto de amor sin revelación da pena y sentimiento, y revelar el amor da temor y fervor; y por esto el Amigo en cualquier manera desfallece» (70); enseñanza que exige estas condiciones: «Las condiciones del amor son: que el Amigo sea sufrido, paciente, humilde, temeroso, solícito, confiado, y que se arriesgue a grandes peligros para honrar a su Amado» (71).

EMILIO HERNANDEZ RODRIGUEZ

(70) *Libro del Amigo y del Amado*, pág. 176, verso 79.

(71) *Libro del Amigo y del Amado*, verso 32.

PEDAGOGY OF LULLUS' MYSTICISM

Since the essence of all pedagogic philosophy is the idea of perfection applied to man, asceticism, which is moral sublimation, and mysticism, which is a complete sublimation, attain a finality of pedagogic philosophy of the first order, as far as science is concerned. The reading of the principal works of Lullus—and even of other mystical writings—shows us that all are related to philosophy of approaching God and to a pedagogy of formation in God and according to God. To study Lullus' mysticism is like ascending to the summit of the Beato's thought, from which we see how what seems different, and at times divergent in his philosophy of education, is but a convergence and a unity: the complete perfection of the individual. To say that the whole Lullus'work is at the service of man's salvation is equivalent to admitting that mysticism which is that which informs the whole, constitutes the deepest fundament of all the pedagogy of Lullus.